

Tema 3: Fe y razón **“El que tenga oídos para oír que oiga” Mt 13,9**

Objetivo: Hacernos conscientes de la importancia del recto uso de la razón para alcanzar la madurez de la fe.

Introducción

Probablemente la característica más distintiva del ser humano es su capacidad racional. Gracias a la razón el género humano ha avanzado social y tecnológicamente. La razón es nuestra herramienta más importante a la hora de solucionar problemas y sobre todo a la hora de buscar y encontrar respuestas.

La búsqueda más importante a la que se enfrenta el hombre es la que provoca su inquietud existencial. Deseamos saber y el objeto de este deseo de saber es la verdad. El ser humano necesita vivir en la verdad, desde lo más cotidiano a lo más trascendente. Lo que se construye sobre la duda o incluso la mentira, sólo proporciona miedo y angustia, inseguridad y sufrimiento. Sólo la verdad, el conocimiento consciente de la verdad, produce satisfacción y devuelve al hombre la paz.

En la sociedad actual se tiende a pensar que lo único real es lo demostrable, y se vive dominado por el uso científico de la razón. Se busca en la ciencia la manera más fiable de acercarnos a la verdad. Pero, a la vez, se ha despojado a la verdad de su carácter de absoluto convirtiéndola en un término relativo, por lo que no hay manera de saber si una hipótesis es absolutamente cierta. Por eso ningún científico serio proclamará que ha demostrado algo definitivamente. El hecho de no poder demostrar nada definitivamente es uno de los pilares principales de la ciencia moderna.

Para encontrar la verdad no podemos ceñirnos al empirismo en que se basa el método científico; para empezar, el amor no es demostrable científicamente. La vida y la experiencia humana sobrepasan ampliamente los límites de la ciencia.

¿Es razonable creer? En mayor o menor medida, todo el mundo tiene una fe cotidiana sin la cual no se puede vivir: la creencia de que ese conductor no va a dar un volantazo causando un accidente o de que el ascensor no se va a descolgar. Es una creencia para la cual no tenemos fundamento más allá de nuestra propia experiencia, sin embargo, es razonable pensar que el edificio en el que estás ahora no se va a desplomar pese a que no conozcas al arquitecto que lo diseñó. La razón se apoya en la creencia, aunque esta creencia no sea fe. La diferencia entre fe y creencia es que la fe es la forma de creer sobre las verdades últimas.

Nuestra razón corre el peligro de perderse en la carrera en pos de la verdad, en la que puede encontrar muchos obstáculos. De hecho, desde la desobediencia de Adán, quedó herida y perdió su capacidad de acceder a Dios con facilidad a partir del dato sensible. Su mirada quedó oscurecida y sus razonamientos se vieron inclinados a lo falso. Aun así, sigue siendo capaz de llevarnos lejos pero no puede hacer sola todo el camino: necesita que algo la ilumine; que la ilumine sin eclipsarla o infravalorarla, y ese algo es la fe. Según Juan Pablo II, la fe “no interviene para menospreciar la autonomía de la razón o para limitar su espacio de acción (...) La fe agudiza la mirada interior abriendo la mente para que descubra, en el suceder de los acontecimientos, la presencia operante de la Providencia” (FR 16).

Ante el hecho de la revelación como realidad (histórica y científicamente comprobable), la razón es provocada y la fe es interpelada. Aunque tengamos fuentes históricas fiables que hablen de Jesucristo, no tenemos nada que pruebe que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre. Conocemos a Dios mediante la experiencia de las verdades reveladas (lo que Dios ha querido manifestarnos); nos llega a través de los sentidos, igual que una relación con otra persona: es una realidad objetiva. Sin embargo, va más allá de nuestra razón, ya que jamás comprenderemos

el misterio de la Encarnación. Si el hombre solo pudiese darse las respuestas que necesita, ya se las habría dado.

Hay que admitir que ante un personaje histórico que hace una llamada universal a todos los hombres, la razón tiene un camino para conocerla, pero para aceptarla con todo lo que el hombre es, no podemos valernos únicamente de la razón; necesitamos la fe, que “abre los ojos del corazón” (Ef 1,18).

La respuesta que pide la revelación no la damos sólo con la razón, sino que implica un asentimiento de toda la persona, que cree con una fe razonable.

Solamente podemos estar seguros de comprender la persona de Jesús de Nazaret si nos apoyamos en una razón iluminada por la fe. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». (Benedicto XVI, *Deus caritas est*)

Fe y razón no pueden separarse sin correr el riesgo de llegar a un conocimiento defectuoso del mundo, del propio hombre y de Dios. Se necesitan. Cada una aporta a la otra el apoyo para no perder la orientación en su tarea. La fe le da a la razón fuerza para perseverar en su peregrinación hacia la verdad y la inclina hacia la belleza, y el bien; la abre al infinito y a la trascendencia e impide que vaya por derroteros peligrosos que puedan, a la postre, destruir al mismo hombre. Por su parte, la razón le da a la fe la posibilidad de madurar, de profundizar en sus contenidos, la depura de mitos y supersticiones, la preserva frente a doctrinas falaces que se fundamentan en lo mundano y no en Cristo.

“Fe y razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (inicio de la encíclica *Fides et ratio*).

Partiendo de la vida (ver)

1. Puedo contar al grupo aquel momento de mi vida en el que, apoyándome en mi fe algo infantil, sostuve posturas poco racionales, por falta de formación o de profundización.
2. Presentar hechos de vida en los que la sola razón no me ha bastado para superar una crisis y he recurrido a la fe que, iluminando la situación, me ha ayudado a seguir adelante.
3. Mostrar con hechos de vida cuál es mi actitud al profundizar en la fe por medio del estudio o la lectura: si es de satisfacción por comprender con más claridad el mensaje del Señor, si me deja indiferente, si me mueve a profundizar más, etc.
4. Puedo compartir aquella ocasión en la que me di cuenta de que no estaba poniendo mis dones al servicio de los demás, de la sociedad, para mejorar el mundo; o por el contrario, aquella otra en la que sólo me moví por un puro activismo racional y olvidé el cimiento de la acción cristiana.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- El autor sagrado llama feliz al que busca la sabiduría (Si 14,20-27); la inteligencia puede hacer alcanzar “el agua profunda” (Prov 20,5); razonando sobre la naturaleza se puede llegar a Dios (Sab 13,5); Dios oculta, el hombre busca (Prov 25,2)

- El hombre medita y Dios guía sus pasos (Prov 16,6); el temor de Dios como principio de sabiduría (Prov 1,7); mediante las criaturas, la razón intuye a Dios (Rom 1,20); Dios nos da la inteligencia para usarla (Mt 13,9).
- Por el pecado, la razón se ve herida (Rom 1,21-22); la razón herida por el pecado no entiende el plan salvador de Dios (1Cor 1,16-20); la fe, apoyada en la razón, no se deja embaucar (Col 2,8).

B) Magisterio de la Iglesia:

- La fe y la inteligencia deben estar unidas (CEC 156-157), “Creo para entender; comprendo para creer mejor” S. Agustín (CEC158); las ciencia contribuyen a profundizar en el misterio del hombre (GS 54).
- Los filósofos clásicos se esforzaron en dar fundamento racional a sus creencias (FR 36); en los Santos Padres y los posteriores filósofos cristianos, la razón como aporte a la fe tiene un gran peso (FR 40-44); Dios ha hecho a la razón humana capaz de alcanzarle (VS 43; DH 3).
- La razón tiene necesidad de la fe para no perder su orientación (FR 47; RH 15); es necesaria y urgente la unidad entre fe y razón (FR 48).
- Las ciencias contribuyen a profundizar en el misterio del hombre (GS 54); sobre fe y cultura (GS 57-58).
- La total autonomía de la razón dejaría a Dios al margen de la actividad humana (VS 36); la razón encuentra su verdad en la sabiduría divina (VS 40).

Compromiso apostólico (actuar)

En este tema, el compromiso debe ir encaminado a profundizar en la relación entre fe y razón. Para ello, puede sernos muy útil la lectura de algún documento, por ejemplo, *Fides et ratio*, de Juan Pablo II, o el discurso de Benedicto XVI en el encuentro con representantes de la sociedad británica (17 septiembre de 2010); o algún libro como *¿En qué creen los que no creen?* de Humberto Eco y el cardenal Carlo María Martini, *Un fraile vestido de cardenal*, conversaciones con Mons. Carlos Amigo Vallejo (sobre todo el capítulo Fe y Cultura).

También puede ser una buena ocasión para depurar nuestra fe de irracionalidades que, sin llegar a ser supersticiones, la hacen cojear y nos privan de la total confianza en Dios, atreverse a usar la razón para hacer madurar la fe.

Otro buen compromiso podría ser dejar aflorar esas dudas o posturas de la Iglesia que no me encajan y consultarlas con alguien de confianza que pueda iluminarme.

El compromiso de grupo podría consistir en organizar un debate, invitando a alguien competente, sobre relación fe-razón, filosofía de la ciencia, qué explica la ciencia y dónde debe ser iluminada por la fe, etc.